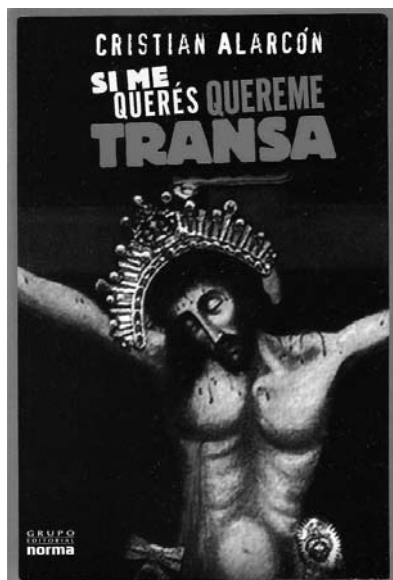


Cristian Alarcón:
Si me querés, quereme transa

Editorial Norma. Buenos Aires, 2010

Por Marina Lorenz



Cristian Alarcón nació en 1970 en La Unión, Chile. Es profesor en la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI) y director académico del proyecto “Narcotráfico, ciudad y violencia en América Latina” para la FNPI (fundada por Gabriel García Márquez) y Open Society Institute (fundación de George Soros). Pasó seis años investigando los clanes de narcos en la Argentina, revisando 54 causas penales de peruanos asesinados, viajando a Lima para reconstruir la conexión con las redes de ese país y, lo más difícil, obteniendo la confianza de los traficantes. Como prueba de que Alarcón logró este cometido con creces Alcira, una de las protagonistas del libro, le pidió al cronista que fuera testigo de su segunda boda y, luego, que apadrinara a su hijo menor, Juancito. Del primer acontecimiento social, el autor escapó con artulugios, pero en el segundo fue derrotado: “Quiero que si yo no estoy mi hijo sepa que existe otro tipo de vida que la que yo le puedo dar”, argumentó Alcira. Alarcón no pudo resistirse.

El autor realizó una notable investigación periodística que revela cómo funciona parte de la cadena de tráfico y comercialización de droga en Buenos Aires. Deja entrever como se tejen las alianzas y los ajustes de cuentas en el mundo de los narcos donde todo vale para conseguir más clientes y, así, más dinero. Se trata de un negocio que puede “perder” al ser humano porque da poder pero no estabilidad. Es posible tener todo hoy y perderlo mañana.

Como se deja claro en una nota al comienzo del libro “el autor no se propone colaborar con el trabajo del Poder Judicial y la policía” aportando los datos obtenidos a través de su exploración, por lo que los nombres de los protagonistas fueron cambiados “con el firme propósito de no perjudicarlos”. Tampoco en *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia*, su sorprendente opera prima, la intención fue denunciar al escuadrón de la Policía Bonaerense que asesinó a Víctor “El Frente” Vital. Ese libro narra también una historia

de marginalidad y clandestinidad: un “pibe chorro” fusilado por agentes de seguridad del Estado y luego devenido santo al que se le deja ofrendas para lograr salir indemne de las balas policiales a la hora de cometer ilícitos.

En *Cuando me muera...* era Alarcón quien narraba su experiencia en las tierras del “Frente” *Si me querés*, en cambio, se construye a través de múltiples voces, volcadas muchas veces en primera persona y compuestas a partir de entrevistas. Entre ellas, Alcira, una mujer que enviuda joven con un hijo de meses. Su marido es asesinado por un ajuste de cuentas. No importaba electrodomésticos de Bolivia, como le hacía creer, integraba una red de tráfico. Luego de ser explotada en un taller textil e incluso recurrir a la prostitución para sustentarse, un amigo le prestó treinta gramos de cocaína que venían de Cochabamba y la inició en el negocio. No fue difícil entrar en el asunto.

Es, sin duda, singular la historia de Teodoro Reyes. Se trata de un peruano que, en su juventud, formó parte de Sendero Luminoso, brazo armado del Partido Comunista Peruano. A Reyes un tío que estaba en el tráfico lo inició y comenzó desde abajo en la cadena de la comercialización de droga: trabajó en la cosecha de la coca en la selva peruana. Alcanzó cierto bienestar económico gracias a ese empleo pero pronto la inflación en tiempos de Fujimori hizo que lo que tenía valiera cada vez menos. Unos vecinos suyos que se estaban instalando en la Argentina lo invitaron a vivir en el conventillo de Constitución en donde se alojaban. Se dedicaban al tráfico. Así comenzó a subir escalafones.

A través de estas singulares historias de vida, y tantas más que se van entretejiendo en el relato de Alarcón, se dejan entrever las principales lógicas de funcionamiento del narcotráfico que el autor fue descubriendo a lo largo de su investigación. En primer lugar, a la comercialización de drogas de

accede fácilmente, casi siempre de la mano de un contacto que ya se encontraba inmerso en el medio. Lo difícil es permanecer. Para subsistir hay que mantener la discreción y el anonimato. Por eso los narcos, incluso cuando comienzan a manejar grandes volúmenes, continúan viviendo en las villas o conventillos. Además, para sostenerse en el negocio es necesario controlar el territorio, no hay lugar para el titubeo: cualquier competencia debe ser eliminada.

En la Argentina, el mercado no está sólo integrado por grandes magnates que mueven miles de toneladas, como sucede en México, Colombia y Brasil. En nuestro país la mayor parte del tráfico está regenteada por pequeños clanes familiares. La droga, por lo general, no es un fin en sí mismo sino el combustible para montar otra clase de negocios más o menos informales: en el caso de Alcira se trataba de un emprendimiento gastronómico de venta de empanadas. El dinero conseguido le sirvió, además, para construir más piezas de alquiler en el conventillo que regenteaba.

Un dato clave es que los narcotraficantes suelen dividir al mundo en “categorías tajantes”: ser “transa” no es en absoluto equivalente a ser “chorro”, es más, existe una fuerte rivalidad entre quienes ocupan uno y otro lugar. Alarcón ejemplifica este hecho con el relato de Alcira quien luego de enviudar conoce a Jerry, un joven peruano que se convertiría en su segundo marido. Jerry se dedicaba al robo a mano armada y Alcira se convirtió pronto en la carnada de la banda. Luego de haber participado en varios asaltos le tocó quitarle las pocas pertenencias que tenía a una señora mayor; no fue capaz. Ante el enojo de su marido cuando descubrió que no había botín Alcira se defendió: “Si me querés, quereme transa.”

Lejos de ser caótico el narcotráfico posee una rígida estructura jerárquica y tareas específicas que cada cuál debe cumplir de acuerdo al lugar

que ocupe en la cadena de mando. Están los “marcadores”, que avisan la llegada de cualquier extraño. A los marcadores los suceden los “vendedores” o “transas” que se dedican al “papeleo”, es decir, la venta de “papelitos de cocaína”. Rallan las piedras de cocaína, la rebajan y la “sirven” en papelitos doblados. A su vez los vendedores se encuentran agrupados bajo el mando de los “chacales”. Estos últimos son mayoristas autorizados situados por debajo del “capo”. “Es bien distinto el transa que el narco”, comentó Reyes, ahora ya no se dedicaba a “papelear”, había subido un escalón. La división de tareas es clara, cada uno debe cumplir su parte, no hay lugar para la equivocación. Existen algunas reglas básicas que rigen la actividad: los traficantes no deben consumir la mercancía que ofrecen, no se drogan; no se debe “quemar” el lugar de pertenencia, no se vende donde se vive y; por último, no se le hace mal a los propios, solo a los ajenos. Los errores se pagan: rapada

y afeitada a la primera, tiro en la pierna a la segunda, ejecución en la siguiente.

La virtud del libro de Alarcón es la de ser el primero en ocuparse de develar como funciona el narcotráfico en Argentina. Tiene, además, un valor agregado, esta construido en base a testimonios de personas vinculadas directamente con el tráfico y comercialización de droga. El autor deja en claro que para comprender cabalmente cómo funcionan las redes de narcos en nuestro país el aporte de los protagonistas resulta esencial: “En mi ética, la mayor virtud está en la verdad. La verdad está lejos de las comisarías y de los tribunales. La verdad sólo está en la calle”. Los mismos personajes de esta historia confirman que el cronista logró captar su esencia. Cuenta Alarcón que cuando le dio a leer a Alcira los tramos en los que ella hablaba y luego le pregunto qué le parecían, si consideraba que había algo que pudiera vulnerar su dignidad, esta le dijo: “No, compadre, ésa soy más yo que yo”.